



Edith
Hamilton

♦
MITOLOGÍA
♦

Todos los mitos
griegos, romanos
y nórdicos

Ariel

Edith Hamilton

Mitología

Todos los mitos griegos, romanos y nórdicos

Traducción de Carmen Aranda

Ariel

Título original: *Mythology*

Primera edición: enero de 2021

© 1942, Edith Hamilton

© 2008 y 2021, María del Carmen Aranda del Campo, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3319-9

Depósito legal: B. 21.756-2020

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

PREFACIO.	13
INTRODUCCIÓN A LA MITOLOGÍA CLÁSICA.	15
La mitología de los griegos	16
Los escritores griegos y romanos de la mitología . .	24

PRIMERA PARTE

LOS DIOSES, LA CREACIÓN Y LOS PRIMEROS HÉROES

I. LOS DIOSES	31
Los Titanes y los doce grandes del Olimpo.	31
Los dioses menores del Olimpo.	46
Los dioses de las aguas	49
El inframundo.	50
Los dioses menores de la tierra	52
Los dioses romanos.	56
II. LOS DOS GRANDES DIOSES DE LA TIERRA	60
Deméter (Ceres)	63
Dionisio (Baco)	68
III. LA CREACIÓN DEL MUNDO Y DE LA HUMANIDAD . .	80
IV. LOS PRIMEROS HÉROES	96
Prometeo e Io	96
Europa	100

El cíclope Polifemo	104
Mitos florales: Narciso, Jacinto y Adonis	109

SEGUNDA PARTE

HISTORIAS DE AMOR Y AVENTURAS

I. CUPIDO Y PSIQUE	121
II. OCHO BREVES RELATOS DE ENAMORADOS	132
Píramo y Tisbe	132
Orfeo y Eurídice	134
Ceice y Alcíone	139
Pigmalión y Galatea	142
Baucis y Filemón	145
Endimión	148
Dafne	149
Alfeo y Aretusa	151
III. LA BÚSQUEDA DEL VELLOCINO DE ORO	153
IV. CUATRO GRANDES AVENTURAS	171
Faetón	171
Pegaso y Belerofontes	175
Oto y Efialtes	179
Dédalo	181

TERCERA PARTE

LOS GRANDES HÉROES ANTERIORES

A LA GUERRA DE TROYA

I. PERSEO	185
II. TESEO	195
III. HÉRCULES	207
IV. ATALANTA	224

CUARTA PARTE
LOS HÉROES DE LA GUERRA DE TROYA

I. LA GUERRA DE TROYA	233
Prólogo: el juicio de Paris.....	234
La guerra de Troya	235
II. LA CAÍDA DE TROYA	253
III. LAS AVENTURAS DE ULISES	264
IV. LAS AVENTURAS DE ENEAS.....	289
Parte I. De Troya a Italia.....	289
Parte II. El descenso al inframundo.....	297
Parte III. La guerra en Italia.....	301

QUINTA PARTE
LAS GRANDES FAMILIAS DE LA MITOLOGÍA

I. LA CASA DE ATREO	313
Tántalo y Níobe.....	314
Agamenón y sus hijos	318
Ifigenia entre los tauros	328
II. LA CASA REAL DE TEBAS	337
Cadmo y sus hijas	337
Edipo.....	340
Antígona	345
Los Siete contra Tebas.....	351
III. LA CASA REAL DE ATENAS	355
Cécrope	356
Procne y Filomela	357
Procris y Céfalos	360
Oritía y Bóreas	361
Creúsa e Ión	362

SEXTA PARTE LOS MITOS MENORES

I. MIDAS (ENTRE OTROS).....	371
Midas	371
Esculapio	373
Las danaides	375
Glauco y Escila.	377
Erisictón.....	378
Pomona y Vertumno.....	380
II. MITOS BREVES.....	382
Amaltea	382
Las Amazonas.....	382
Amimone	383
Antíope	383
Aracne.....	384
Arión	384
Aristeo.....	385
Aurora y Titono	386
Bitón y Cleobis	387
Calisto	387
Clitia	388
Dríope.....	388
Epiménide	389
Erictonio	389
Hero y Leandro	390
Las híades	390
Ibico y las grullas	390
Leto.....	391
Lino.....	392
Marpesa.....	392
Marsias	392
Melampo.....	393
Mérope	393
Los mirmidones	394

Niso y Escila	395
Orión.....	395
Las Pléyades	396
Quirón	397
Reco	397
Salmoneo	398
Sísifo	398
Tiro	399

SÉPTIMA PARTE LA MITOLOGÍA NÓRDICA

INTRODUCCIÓN A LA MITOLOGÍA NÓRDICA	403
I. LAS LEYENDAS DE SIGNY Y SIGURD	407
II. LOS DIOSES NÓRDICOS	412
La creación	417
La sabiduría nórdica	420
CUADROS GENEALÓGICOS.....	425
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	433

PRIMERA PARTE

LOS DIOSES, LA CREACIÓN Y LOS PRIMEROS HÉROES

I

Los dioses

*Extraños fragmentos nublados de una gloria antigua
rezagados de la compañía divina
respiran de ese mundo lejano del que provienen
bóvedas del cielo perdidas y aire del Olimpo.*

Los griegos no creían que los dioses hubieran creado el universo, sino justo lo contrario: que el universo creó a los dioses. Antes de que hubiera dioses, ya se habían formado el cielo y la tierra. Ellos fueron los primeros padres; los Titanes eran sus hijos, y los dioses sus nietos.

LOS TITANES Y LOS DOCE GRANDES DEL OLIMPO

Los Titanes, a quienes a menudo se les llama los dioses antiguos, fueron durante un tiempo incalculable los seres supremos del universo. Eran de talla inmensa e increíble fuerza. Había muchos, pero solo unos pocos aparecen en las historias de la mitología. El más importante fue Crono, en latín Saturno, que gobernaba a los demás titanes hasta que su hijo Zeus lo destronó y se hizo con el poder. Los romanos contaban que, cuando Júpiter —así llamaban ellos a Zeus— ascendió al trono, Saturno (es decir, Crono) huyó a Italia y dio origen a la Edad de Oro, un tiempo de paz perfecta y felicidad, que duró al menos tanto como su reinado.

Otros titanes y titánidas célebres eran Océano, el río que se

supone rodea la tierra; su esposa Tetis; Hiperión, el padre del sol, la luna y el amanecer; Mnemósine, que significa memoria; Temis, que se suele traducir por justicia; y Jápeto, al que se destaca por ser el padre de Atlas, que llevaba sobre los hombros el peso del mundo, y de Prometeo, salvador de la humanidad. Estos fueron los únicos dioses antiguos que no quedaron desterrados al llegar Zeus, pero pasaron a ocupar un lugar menor.

Los doce grandes del Olimpo dominaban a los dioses que sucedieron a los Titanes, y recibían el nombre del Olimpo, que era su hogar. Pero no es fácil aclarar, sin embargo, qué era el Olimpo. No hay duda de que al principio se encontraba en la cima de una montaña, y generalmente se identifica con la más alta del país, el monte Olimpo, en Tesalia, al norte de Grecia. Pero ya en el primer poema griego, la *Iliada*, esta idea empieza a dar paso a la de un Olimpo que queda en alguna misteriosa región lejana, por encima de todas las montañas de la tierra. En un pasaje de la *Iliada*, Zeus habla a los dioses desde «la cima más alta del Olimpo, lleno de riscos», claramente una montaña. Pero solo un poco más adelante dice que si quisiera podría colgar la tierra y el mar de un pináculo del Olimpo, por tanto ya no es una montaña. Aun así, no es el cielo: Homero hace decir a Poseidón que él gobierna el mar, Hades a los muertos y Zeus los cielos, pero que los tres comparten el Olimpo.

Donde quiera que estuviera, se accedía a él por una gran puerta de nubes que custodiaban las estaciones. Dentro estaban las moradas de los dioses, donde vivían, dormían, celebraban sus banquetes de ambrosía y néctar y escuchaban la lira de Apolo. Era una morada de perfecta dicha. Ningún viento, dice Homero, sacude jamás la tranquila paz del Olimpo; ninguna lluvia o nieve caen allí, por el contrario, el firmamento sin nubes lo rodean por todas partes y por sus muros entra tamizada una gloriosa luz blanca.

Los doce del Olimpo formaban la familia divina:

Zeus (Júpiter), era el principal, seguido por sus dos hermanos: Poseidón (Neptuno) y Hades (Plutón); y por su

hermana Hestia (Vesta); Hera (Juno) era la esposa de Zeus y la madre del hijo de este, Ares (Marte); Zeus era también el padre de Atenea (Minerva), Apolo, Afrodita (Venus), Hermes (Mercurio) y Artemis (Diana); de Hefesto (Vulcano), hijo de Hera, se decía en ocasiones que era también hijo de Zeus.

Zeus (Júpiter)

Zeus y sus hermanos se echaron a suertes el reparto del universo. El mar le correspondió a Poseidón y el inframundo a Hades. Zeus se convirtió en el supremo soberano. Era señor del cielo, dios de la lluvia y recolector de nubes, el que manejaba el terrible rayo. Su poder era mayor que el del resto de las divinidades juntas. En la *Ilíada* le cuenta a su familia: «Yo soy el más poderoso de todos los dioses. Haced la prueba y veréis: colgad del cielo una áurea sogá y agarraos a ella todos los dioses y todas las diosas. Ni así lograríais sacar del cielo y arrastrar hasta el suelo a Zeus, el supremo maestro, por mucho que os fatigarais. Pero, en cuanto yo me decidiera a tirar con resolución, os arrastraría a vosotros junto con la tierra y el mar. Entonces, podría atar alrededor de un pináculo del Olimpo la sogá, y todo quedaría suspendido por los aires».

Sin embargo, no era omnipotente ni tampoco omnisciente. Podían oponerse a él y engañarle; de hecho, en la *Ilíada* Poseidón le engaña y Hera también. Se dice en ocasiones que el misterioso poder, Destino, es más fuerte que él. Homero hace que Hera le pregunte con desprecio si se propone librar de la muerte a un hombre a quien Destino ha condenado.

Se le representa como enamorado de una mujer tras otra, rebajándose a todo tipo de manejos para esconder su infidelidad ante su esposa. La explicación por la que tales acciones se le atribuyen al más majestuoso de los dioses es, dicen los estudiosos, que el Zeus de los cantos y las historias surge

de la combinación de varios dioses. Cuando su culto se extendía hasta una ciudad donde había ya un gobernante divino, los dos se fundían poco a poco en uno solo: la esposa del primer dios se transfería entonces a Zeus. No obstante, el resultado era lamentable y a los últimos griegos no les gustaban demasiado estos asuntos amorosos.

Aun así, en sus primeras apariciones Zeus tiene grandeza. En la *Iliada*, Agamenón reza: «Zeus, el más glorioso, el más grande, Dios de las nubes de tormenta, tú que moras en los cielos». Exige de los hombres no solo sacrificios, sino acciones rectas. Al ejército griego en Troya se le dice: «El padre Zeus nunca ayuda a embusteros ni a aquellos que rompen sus juramentos». Las dos ideas de él, la baja y la elevada, persistieron simultáneamente durante mucho tiempo.

Su peto era la égida, cuya contemplación era espantosa; su pájaro era el águila y su árbol el roble. Su oráculo era Dodona, en la tierra de los robles: allí se revelaba la voluntad del dios a través del susurro de las hojas de roble, que los sacerdotes interpretaban.

Hera (Juno)

Esposa y hermana de Zeus, la criaron los titanes Océano y Tetis. Era la protectora del matrimonio, y las mujeres casadas su principal preocupación. En el retrato que los poetas hacen de ella se la ve muy poco atractiva; sin embargo, en uno de los primeros poemas se la llama

*Hera, entronizada en oro, reina entre los inmortales
suprema entre ellos en belleza, la gloriosa dama
todos las deidades del alto Olimpo la reverencian
y honran incluso como a Zeus, señor del trueno.*

Pero todas las informaciones detalladas sobre ella muestran que se dedicó principalmente a castigar a las muchas

mujeres de las que Zeus se enamoraba, incluso cuando estas cedían solo porque él las obligaba o engañaba. Hera no tenía en cuenta que hubieran sido reticentes o inocentes: las trataba a todas por igual. Su furia implacable las seguía, a ellas y a sus hijos también; nunca olvidaba un agravio. La guerra de Troya podía haber acabado en una paz honorable, con ambos bandos empatados, si no hubiera sido por su odio hacia un troyano que había juzgado que otra diosa era más encantadora que ella. Hasta que no vio Troya en ruinas, Hera no consideró vengado el agravio a su belleza.

En un relato importante, el de la búsqueda del Vello de Oro, ella es la misericordiosa protectora de los héroes y la inspiradora de sus hazañas, pero es el único. Sin embargo, se la veneraba en todos los hogares como diosa de las mujeres casadas, y a ella se recurría en busca de ayuda. Ilitía, que asistía a las mujeres en los partos, era su hija.

La vaca y el pavo real eran sus animales sagrados y Argos su ciudad favorita.

Poseidón (Neptuno)

Era el soberano del mar, hermano de Zeus y segundo en eminencia después de él. Los griegos de ambos lados del Egeo eran marineros y el dios del mar era de suma importancia para ellos. Su esposa era Anfítrite, una de las nietas del titán Océano. Poseidón disfrutaba de un espléndido palacio bajo el mar, pero podía encontrársele a menudo en el Olimpo.

Además de ser señor del mar, entregó al hombre el primer caballo, y era así venerado tanto por lo uno como por lo otro.

*Señor Poseidón, de ti nos viene este orgullo
los caballos fuertes, los potros, y también el dominio
[de las profundidades.*

La tormenta y la calma estaban bajo su control.

*A su orden soplaban los vientos de tormenta
y se levantaban las olas del mar.*

Pero, cuando conducía su carro dorado sobre las aguas, el estruendo de las olas se sumía en la quietud y una paz calma seguía sus ruedas, que se deslizaban con suavidad.

A veces se le llamaba el «Agitador de la tierra» y se le mostraba siempre portando su tridente, un arpón de tres puntas, con el que era capaz de sacudir y agitar cualquier cosa.

Tenía cierta relación con los toros y los caballos, pero el toro estaba relacionado también con muchos otros dioses.

Hades (Plutón)

Era el tercer hermano entre los del Olimpo, y a él le correspondieron el inframundo y el gobierno de los muertos. También recibía el nombre de Plutón, dios de la abundancia, de los metales preciosos ocultos en la tierra. Los romanos, al igual que los griegos, lo llamaban por su nombre, pero a menudo lo traducían como *dis*, que en latín quiere decir rico. Tenía un célebre sombrero o casco que hacía invisible a quien lo usara. Resultaba poco habitual que dejara su oscuro reino para visitar el Olimpo o la tierra, y nadie le alentaba mucho para que lo hiciera; no era una visita bien recibida. Era cruel e implacable, pero justo: un dios terrible, pero no malvado.

Su esposa era Perséfone (Proserpina), a quien él se llevó de la tierra e hizo reina del inframundo.

Hades era el rey de los muertos, pero no la muerte en sí. A esta los griegos la llamaban Tánatos y los romanos Orcus.

Atenea (Minerva)

Era hija solo de Zeus, no nació de una madre: ya desarrollada y con la armadura completa surgió de su cabeza. En la primera referencia que tenemos de ella, la *Ilíada*, se la presenta como una diosa guerrera fiera y despiadada, pero en otros lugares solo guerrea para defender el estado y el hogar de enemigos externos. Era la principal diosa de la ciudad, la protectora de la vida civilizada, de la artesanía y de la agricultura; la inventora de las bridas y la primera que domó caballos para que los usaran los hombres; y también la hija favorita de Zeus, que confiaba en ella para llevar la terrible égida, su rodela y su arma devastadora, el rayo. Cuando se habla de ella siempre se usa la expresión «ojos garzos» o, como se traduce en ocasiones, «ojos centelleantes». De las tres diosas vírgenes ella era la principal y se la llamaba la Doncella, *Parthenos*, y a su templo el Partenón. En la poesía posterior representa la sabiduría, la razón y la pureza.

Atenas era su ciudad destacada, el olivo creado por ella su árbol y la lechuza su pájaro.

Febo (Apolo)

Hijo de Zeus y Leto (Latona), nacido en la pequeña isla de Delos. Se le ha considerado «el más griego de todos los dioses». Es un bello personaje en la poesía griega, el maestro músico que deleita al Olimpo tocando su lira dorada; también es el señor del arco de plata, el dios arquero de excelente puntería; además, el sanador, el primero que enseñó a los hombres las artes curativas. Y, sobre todas estas dotes buenas y encantadoras, es el dios de la luz, en quien no hay absolutamente ninguna oscuridad, y por tanto el dios de la verdad. De su boca no sale jamás ninguna palabra falsa.

*Oh, Febo, desde tu trono de la verdad
desde tu morada en el corazón del mundo
hablas a los hombres.
Por orden de Zeus, ninguna mentira hay aquí
ninguna sombra que oscurezca la palabra de la verdad.
Zeus selló con un derecho eterno
el honor de Apolo, y todos pueden confiar
con fe inquebrantable en su palabra.*

Delfos, bajo el imponente Parnaso, donde se encontraba el oráculo de Apolo, desempeña un papel importante en la mitología. Castalia era su manantial y Cefisio su río. Se tenía este lugar por «el ombligo del mundo», de ahí que muchos peregrinos llegaran hasta él, tanto desde el extranjero como desde la propia Grecia; no había lugar sagrado que pudiera rivalizar con Delfos. Las respuestas a las preguntas que formulaban quienes buscaban con ansia la verdad se transmitían por una sacerdotisa que entraba en trance antes de hablar. Este trance, se creía, era debido al vapor que surgía de una profunda hendidura en la roca sobre la que se encontraba su asiento, un taburete de tres patas llamado el trípode.

A Apolo también se le conocía como Delio por Delos, la isla donde nació, y Pitio porque mató a una serpiente, Pitón, que una vez vivió en las cuevas del Parnaso. Era un monstruo espantoso y la contienda fue terrible, pero finalmente las flechas infalibles del dios le dieron la victoria. A menudo también se le da otro nombre, Licio, que tiene distintas explicaciones: dios lobo, dios de la luz y dios de Licia. En la *Ilíada* le llaman *Smintheus*, el dios ratón, aunque nadie sabe si se debe a que los protegía o a que los destruía. A menudo era el dios Sol también. Su nombre Febo significa «brillante» o «chispeante». Sin embargo, para ser exactos, el dios del sol era Helio, hijo del titán Hiperión.

En Delfos, Apolo era una fuerza puramente benéfica, un vínculo entre dioses y hombres, que los guiaba para conocer

la voluntad divina, mostrándoles cómo estar en paz con las divinidades. Era también el purificador, capaz de limpiar incluso a aquellos manchados con la sangre de sus parientes. Sin embargo, hay pocos relatos sobre él que le muestren despiadado y cruel. En él, como en todos los dioses, se enfrentaban dos ideas: una primitiva y tosca, y otra bella y poética. Pero en Apolo ya solo quedaba un rastro de la idea primitiva.

El laurel era su árbol. Para él había muchas criaturas sagradas, principalmente los delfines y los cuervos.

Artemis (Diana)

Recibe también el nombre de Cintia, por su lugar de nacimiento, el monte Cintio, en Delos. Es hermana gemela de Apolo, hija de Zeus y Leto, y una de las tres diosas vírgenes del Olimpo:

*La rubia Afrodita que enardece de amor a toda
[la creación
no doblega ni atrapa a tres corazones: el de Hestia la
[pudorosa joven,
Atenea de ojos de lechuza que le complacen las guerras,
Artemis a la que complacen los arcos y en los montes
[perseguir fieras.*

Era la señora de las cosas salvajes, y cazadora jefe de los dioses, papel insólito para una mujer. Como buena cazadora, se cuidaba de poner a salvo a las crías; era «la protectora de la juventud cubierta de rocío» en todas partes. Sin embargo, en una de esas inopinadas contradicciones que tanto se dan en la mitología, impidió que la flota griega pusiera rumbo a Troya hasta que sacrificaran a una doncella en su honor. También en muchos otros relatos es fiera y vengativa. Por otro lado, cuando las mujeres morían de forma rápi-

da y sin dolor, se decía que las habían matado sus flechas de plata.

Así como Febo era el sol, ella era la luna, y se la llamaba Febe o Selene (que significa luna en latín), pero ninguno de estos nombres era el suyo originalmente. Febe era una titánide, miembro de los dioses antiguos, como también Selene, que era una diosa lunar, de hecho, pero sin relación con Apolo. Selene era la hermana de Helios, el dios sol con el que confundían a Apolo.

Entre los poetas posteriores, a Artemis se la identifica con Hécate. Es «la diosa con tres formas»: Selene en el cielo, Artemis en la tierra, Hécate en el mundo de abajo, y en el de arriba cuando lo envuelven las tinieblas. Hécate era la diosa de la luna nueva, de esas noches negras en las que la luna se oculta. Se la relacionaba con los actos de la oscuridad, y era también la diosa de las encrucijadas, los cruces de caminos que se consideraban lugares fantasmales de magia maléfica. Una terrible divinidad,

*Hécate del infierno,
capaz de despedazar aquello que se le oponga.
¡Escucha! ¡Escucha! Su jauría aullando por la ciudad.
Donde se encuentran tres caminos, allí está ella.*

Es una transformación extraña: de cazadora adorable que surca los bosques, de luna que embellece todo con su luz, de la pura diosa virgen para quien

*Aquel que es totalmente casto en espíritu
puede recolectar las hojas, los frutos y las flores.
Los impuros, nunca.*

En ella se muestra de la forma más nítida la incertidumbre entre lo bueno y lo malo que aparentemente se halla en cada una de las divinidades. El ciprés era sagrado para ella y también todos los animales salvajes, pero especialmente el ciervo.

Afrodita (Venus)

Diosa del amor y de la belleza, que seduce y cautiva a todos, dioses y hombres, por igual; la diosa a la que le encantaba reír, que se burlaba dulcemente de aquellos a quienes sus ardides habían conquistado, la irresistible diosa que robaba incluso el talento de los sabios.

En la *Ilíada* es hija de Zeus y Dione, pero en algunos poemas posteriores se dice que surgió de la espuma del mar, y su nombre se explica como «la surgida de la espuma» (que es lo que significa *aphros* en griego). Este nacimiento marino se produjo cerca de Citera, de donde se la llevó el viento hasta Chipre. Ambas islas fueron desde entonces sagradas para ella, y la llamaban tan a menudo Citerea o Cipris (chipriota) como por su propio nombre.

Uno de los *Himnos homéricos*, que la llama «preciosa diosa dorada», dice de ella:

*El aliento del viento del oeste la trajo
sobre el sonido del mar
surgiendo de la delicada espuma
hasta Chipre rodeada por las olas, su isla.
Y las horas de coronas doradas
le dan la bienvenida con júbilo.
La visten de inmortal
y la llevan ante los dioses.
El asombro se apodera de todos aquellos que ven
a Citerea coronada de violetas.*

Los romanos escribieron sobre ella de la misma forma: con Afrodita llegó la belleza. Los vientos se alejan de ella y la tormenta amaina; unas flores encantadoras cubren la tierra; las olas del mar ríen... a ella la rodea una luz radiante y sin su presencia no hay alegría ni encanto. Este es el retrato que más les gusta reflejar a los poetas.

Pero también tiene otra faz. Era natural que debiera re-

presentar un papel poco destacado en la *Iliada*, donde la batalla de los héroes es el tema principal; aquí es una criatura frágil y débil, de quien un mortal no debe temer ataque alguno. En poemas posteriores se la suele mostrar como traicionera y maliciosa, ejerciendo un poder mortal y destructivo sobre los hombres.

En la mayoría de los relatos es la esposa de Hefesto (Vulcano), el lisiado y terrible dios de la fragua.

El mirto era su árbol y la paloma su pájaro, aunque en ocasiones también lo eran el gorrión y el cisne.

Hermes (Mercurio)

Zeus era su padre y Maya, hija de Atlas, su madre. Gracias a una estatua muy famosa, su aspecto nos resulta más familiar que el de ningún otro dios. Era grácil y rápido de movimientos y en sus pies lucía unas sandalias aladas. También tenía alas en su sombrero de ala ancha, y en su bastón de mando, el caduceo. Era el mensajero de Zeus, que «vuela a la velocidad del pensamiento para cumplir su misión».

De todos los dioses, era el más astuto e ingenioso, y de hecho era el señor de los ladrones, carrera en la que se inició antes de haber cumplido un día de vida.

*A la aurora había nacido, a mediodía tocaba la cítara
y por la tarde las vacas robó de Apolo.*

Zeus le obligó a devolverlas y Hermes se ganó el perdón de Apolo regalándole la lira que acababa de inventar, fabricada con un caparazón de tortuga. Quizá había alguna relación entre esa primera historia sobre él y el hecho de que fuera el dios del comercio y del mercado, protector de los comerciantes.

En extraño contraste con esta idea, era también el solemne guía de los muertos, el heraldo divino que guiaba las almas hasta su última morada.

Aparece en los relatos mitológicos con mayor frecuencia que ningún otro dios.

Ares (Marte)

Dios de la guerra, hijo de Zeus y Hera y aborrecido por ambos, según Homero. De hecho, resulta odioso durante toda la *Ilíada*, siendo como es un poema de guerra. En ocasiones, los héroes «se regocijan en el deleite del combate de Ares», pero, con mayor frecuencia, de haber escapado a «la furia del dios despiadado». Homero le tilda de asesino, de estar manchado de sangre y de ser la maldición de los mortales personificada; pero, extrañamente, también es un cobarde, que grita de dolor y huye cuando le hieren. Aun así, tiene en el campo de batalla un séquito de ayudantes que debían inspirar confianza a cualquiera: allí está su hermana Éride, que significa «discordia», así como el hijo de esta, Conflicto. La diosa de la guerra, Enio —en latín, Belona—, camina junto a él, y la acompañan Temor, Temblor y Pánico, que a su paso van dejando una estela de gemidos y hacen surgir de la tierra ríos de sangre.

A los romanos les resultaba más simpático Marte que a los griegos Ares. Nunca fue para ellos la deidad vil y quejumbrosa de la *Ilíada*, sino un ser magnífico en su resplandeciente armadura, temible e invencible. Los guerreros del gran poema épico latino la *Eneida*, lejos de regocijarse al escapar de él, se alegran cuando ven que van a caer «en el campo del honor de Marte». «Corrían hacia la muerte gloriosa» y encontraban «dulce morir en la batalla».

Ares aparece poco en la mitología: en un relato es el amante de Afrodita y provoca el desprecio de los olímpicos hacia el marido de esta, Hefesto; pero en la mayor parte es poco más que un símbolo de la guerra, no una personalidad distinguida, como Hermes, Hera o Apolo.

Tampoco cuenta con ciudades en las que sea venerado.

Los griegos decían, sin mucha certeza, que venía de Tracia, cuna de gentes rudas y fieras, en el noreste de Grecia.

Como no podía ser de otro modo, su pájaro era el buitre. El perro sufrió las malas consecuencias de ser elegido como su animal.

Hefesto (Vulcano y Mulcíber)

El dios del fuego, del que se dice en ocasiones que es hijo de Zeus y Hera, y a veces solo de Hera, que lo dio a luz como represalia porque Zeus hiciera nacer a Atenea. Entre los inmortales, perfectamente bellos, solo él era horrible, y además estaba tullido. En un pasaje de la *Iliada* dice que su desvergonzada madre, cuando vio que había nacido deforme, lo expulsó del cielo. En otro fragmento, declara que fue Zeus quien lo hizo, furioso con él por haber intentado defender a Hera. Esta segunda historia es la más conocida, gracias a los célebres versos de Milton:

*Por el airado Júpiter fue echado
por encima de las almenas de cristal:
rodó de la mañana al mediodía,
y luego hasta el rociado anochecer,
un día de verano, y, al ponerse el sol,
se desprendió del cénit, como
una estrella fugaz, cayendo sobre
Lemnos, la isla del Egeo.*

No obstante, se suponía que estos hechos habían tenido lugar en un pasado muy lejano. Para Homero, no corre peligro de ser expulsado del Olimpo; allí es sumamente respetado y honrado como trabajador de los inmortales, su armero y su herrero, fabricante tanto de sus moradas y muebles como de sus armas. En su taller tiene unas criadas, a las que ha forjado de oro, que pueden moverse y ayudarle en su trabajo.

Entre los últimos poetas se dice a menudo de su fragua que está debajo de algún volcán —a veces uno y otras veces otro—, y que es quien provoca las erupciones.

Su esposa es una de las Tres Gracias en la *Ilíada*, y se llama Áglaye; en la *Odisea* es Afrodita.

Hefesto era un dios amable y pacífico, querido en la tierra y en el cielo. Junto con Atenea, resultaba importante para la vida de la ciudad. Los dos eran patrones de los artesanos y de las artes, que junto con la agricultura son el soporte de la civilización; él protegía a los herreros y ella a los tejedores. Cuando los niños eran admitidos formalmente en la organización de la ciudad, el dios de la ceremonia era Hefesto.

Hestia (Vesta)

Era hermana de Zeus y, al igual que Atenea y Artemis, una diosa virgen. No tenía una personalidad destacada ni representaba papel alguno en los mitos. Era la diosa del hogar, el símbolo de la casa, a la que debían presentarse los niños recién nacidos antes de ser recibidos en la familia. Cada comida empezaba y terminaba con una ofrenda a ella.

*Hestia, en todas las moradas de hombres e inmortales
eres la invitada de honor y la ofrenda de dulce vino
al empezar y acabar la fiesta se te escancia.*

Nunca sin ti podrán dioses ni mortales celebrar un banquete.

Cada ciudad tenía también un hogar consagrado a Hestia, donde nunca permitían que el fuego se apagara. Si iba a fundarse una colonia, los colonos llevaban con ellos carbón del hogar de la ciudad madre, y con él encendían el fuego del hogar de la nueva ciudad.

En Roma, su fuego lo custodiaban seis sacerdotisas vírgenes, las llamadas Vestales.

LOS DIOS MENORES DEL OLIMPO

Había otras divinidades en el cielo además de los doce grandes del Olimpo. El más importante de ellos era el dios del amor, Eros (Cupido en latín). Homero lo pasa por alto, pero para Hesíodo es

El más bello de entre los dioses inmortales.

En casi todos los primeros relatos, aparece como un joven hermoso y serio que otorga buenos dones a los hombres. Esta idea que los griegos tenían de él está perfectamente recogida no por un poeta, sino por un filósofo, Platón:

Ha establecido su morada en los caracteres de los dioses y de los hombres y, por otra parte, no lo hace en todas las almas indiscriminadamente, sino que si se tropieza con una que tiene el temperamento duro, se marcha, mientras que si lo tiene suave, se queda. Ni comete injusticia contra dios u hombre alguno ni es objeto de injusticia por parte de ningún hombre o dios. Pues ni padece de violencia, si padece de algo, ya que la violencia no toca a Eros, ni cuando hace algo, lo hace con violencia, puesto que todo el mundo sirve de buena gana a Eros en todo.

En sus primeras apariciones, Eros no era el hijo de Afrodita, sino simplemente la acompañaba de vez en cuando. En los poetas posteriores era su hijo y casi invariablemente un niño malicioso y travieso, o algo peor.

*Malvado su corazón, pero dulce como la miel su lengua.
No hay verdad en él, el granuja. Cruel es su juego
y pequeñas sus manos, y aun así sus flechas
alcanzan hasta la muerte.
Minúsculo su astil, pero lleva a las alturas celestiales.
No toquen sus obsequios traicioneros, bañados en fuego.*

Se le representa a menudo con los ojos vendados, porque el amor es con frecuencia ciego. Asistiéndole se encontraba Anteros, del que se dice en ocasiones que es el vengador del amor desairado y en otras que se opone al amor, y le acompañan también Hímeros o Deseo (Potos), e Himeneo, el dios de las ceremonias matrimoniales.

Hebe era la diosa de la juventud, hija de Zeus y Hera. En ocasiones aparece con una copa, como la que escancia las bebidas a los dioses y a veces este trabajo lo realiza Ganímedes, un bello y joven príncipe troyano que fue secuestrado y llevado al Olimpo por el águila de Zeus. No hay relatos sobre Hebe excepto el de su matrimonio con Hércules.

Iris era la diosa del arcoíris y la mensajera de los dioses, la única que aparece en la *Ilíada*. A Hermes se le ve primero con esta función en la *Odisea*, pero no ocupa el lugar de Iris: tanto el uno como la otra son requeridos por los dioses.

Había también en el Olimpo dos grupos de hermanas encantadoras, las Musas y las Gracias.

Las Gracias eran tres: Áglaye (esplendor), Eufrosine (júbilo) y Talía (vítores). Eran las hijas de Zeus y Eurínome, una de las hijas del titán Océano. Excepto en un relato en el que Homero y Hesíodo cuentan que Áglaye se casó con Hefesto, no se las trata como personalidades separadas, sino siempre juntas, una triple encarnación de la gracia y la belleza. Los dioses se deleitaban con ellas cuando bailaban deliciosamente al compás de la lira de Apolo, y el hombre al que visitaban era feliz. Hacían «florecer la vida»: junto a sus compañeras, las Musas, eran las «reinas del canto», y sin ellas no podía disfrutarse de ningún banquete.

Las Musas eran nueve en número, hijas de Zeus y Mnemósine (Memoria). Al principio, como las Gracias, no se distinguían las unas de las otras. «Son todas —dice Hesíodo— una sola mente, su corazón solo aspira al canto y su espíritu está libre de cuidado. Es feliz aquel a quien las Musas aman. Por ello a pesar de que un hombre sufra pena y dolor en su alma, cuando el sirviente de las Musas canta, al momento

olvida sus negros pensamientos y no recuerda sus problemas. Tal es el sagrado obsequio de las Musas a los hombres.»

Pasado el tiempo, cada una tuvo su propio campo especial. Clío era la musa de la historia, Urania de la astronomía, Melpómene de la tragedia, Talía de la comedia, Terpsícore de la danza, Calíope de la poesía épica, Erato de la poesía amorosa, Polimnia de los cantos a los dioses y Euterpe de la poesía lírica.

Hesíodo vivía cerca de Helicón, una de las montañas de las Musas; las otras eran Piera —en Pieria, donde nacieron—, Parnaso y, por supuesto, Olimpo. Un día, se le aparecieron las nueve y le dijeron: «Sabemos cómo decir falsedades que parezcan verdad, pero también, cuando queremos, podemos pronunciar cosas verdaderas». Eran compañeras de Apolo, el dios de la verdad, así como de las gracias. Píndaro afirma que la lira es tanto de ellas como de Apolo: «La lira dorada a la que el paso, el paso del danzante atiende, poseída al tiempo por Apolo y por las Musas engalanadas de violetas». El hombre al que inspirasen se convertía en más sagrado que cualquier sacerdote.

A medida que la idea de Zeus se hacía cada vez más noble, dos formas augustas se sentaban junto a él en el Olimpo: Temis, que significa lo justo o justicia divina, y Diké, que es la justicia humana. Pero nunca se convierten en personajes reales. Lo mismo se puede decir de dos emociones personificadas que Homero y Hesíodo consideran como los sentimientos más nobles: Némesis, normalmente traducido como la cólera justificada, y Aidos, una palabra difícil de traducir, pero de uso común entre los griegos: significa la reverencia y la vergüenza que impide a los hombres cometer malas acciones, pero también se refiere al sentimiento que un hombre próspero debe tener en presencia de los desafortunados; no compasión, sino una sensación de que la diferencia entre él y aquellos pobres desgraciados no es merecida.

No parece, sin embargo, que ni Némesis ni Aidos tuvieran su hogar con los dioses. Hesíodo dice que si finalmente

todos los hombres se vuelven completamente malvados, Némesis y Aidos se cubrirán sus hermosos rostros con un velo, dejarán el ancho mundo y partirán hacia la compañía de los inmortales.

De vez en cuando unos pocos mortales eran trasladados al Olimpo pero, una vez que llegaban al cielo, desaparecían de la literatura. Contaremos después sus relatos.

LOS DIOS DE LAS AGUAS

Poseidón (Neptuno) era el señor y gobernante del mar (el Mediterráneo) y del mar amigo (el Euxino, al que ahora llamamos Mar Negro). Así mismo, los ríos subterráneos también eran suyos.

Océano, uno de los titanes, era el señor del río que llevaba su nombre, un enorme caudal que rodeaba la tierra. Su esposa, también titánide, era Tetis; las Océánides, las ninfas de este gran río, eran sus hijas, y sus hijos todos los dioses de los ríos de la tierra.

Ponto, que significa mar profundo, era hijo de la madre tierra y padre de Nereo, un dios marino bastante más importante que él, como se verá a continuación.

A Nereo se le llamaba «el anciano del mar» (del Mediterráneo), y Hesíodo lo describe como «un dios bueno y amable, que alberga únicamente pensamientos amables y justos y que nunca miente». Su esposa era Dóride, una de las hijas de Océano. Nereo y Dóride tuvieron cincuenta hijas encantadoras, las ninfas marinas, a las que se llamaba Nereidas por el nombre de su padre; una de ellas, Tetis, fue la madre de Aquiles; otra, Anfítrite, se casó con Poseidón y fueron padres de Tritón, el trompeta del mar, que tocaba ese instrumento hecho con una gran concha.

Proteo, de quien se dice en ocasiones que era hijo de Poseidón y otras veces que era su ayudante, tenía el poder de predecir el futuro y de cambiar de forma a su antojo.